



SELECCIÓN DE MARIANO VILLARREAL

RELATOS DE PAOLO BACIGALUPI · EMILIO BUESO
KEN LIU · CHINA MIÉVILLE · MIGUEL SANTANDER...

TERRA NOVA 3

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN
CONTEMPORÁNEA

Una cuidada selección de historias sorprendentes, terribles y maravillosas, escritas por los mejores autores de la literatura especulativa mundial; relatos, en general, galardonados y/o finalistas de los más prestigiosos premios internacionales. Una narrativa accesible para cualquier lector preocupado por nuestro presente y futuro.

Once relatos de escritores españoles, latinoamericanos y del resto del planeta, que demuestran que la ciencia ficción puede ser una herramienta perfectamente válida para comprender mejor nuestro mundo. Historias cercanas que ahondan en aspectos humanos y no tanto tecnológicos, con tramas que nos hablan acerca de ética periodística, integración de minorías étnicas dentro de la cultura global o la importancia del pasado, plantean miradas distópicas e ideas altamente especulativas como la adaptación humana al cambio climático, el desarrollo de un nuevo lenguaje capaz de moldear el pensamiento o desvelar enigmas procedentes del remoto pasado.

Presentación

Bienvenido/a a *Terra Nova*, su antología de ciencia ficción contemporánea. El libro que ahora tiene en sus manos ha sido posible gracias al éxito comercial y de crítica cosechado por los volúmenes anteriores, y su objetivo sigue siendo el mismo: incluir algunas de las mejores narraciones breves de la ciencia ficción mundial escritas en los últimos años y fomentar al mismo tiempo la producción autóctona de una narrativa de género con calidad literaria y especulativa. Historias cercanas a las preocupaciones e inquietudes del ciudadano medio, que ahonden en aspectos más humanos y no tanto tecnológicos y que transcurran, por lo general, en nuestro presente o en un futuro próximo reconocible.

En esta ocasión he preferido asentar las bases de la antología sobre los fuertes pilares de algunos de los escritores más destacados del momento, como Paolo Bacigalupi y China Miéville, para los que ha sido realmente difícil encontrar un relato adecuado debido a la escasez de material inédito en español. Dos excelentes narradores, también en formato breve, de los que no puedo por menos que recomendar la extraordinaria antología *La bomba número seis y otros relatos* (Fantascy, 2013) del primero —a mi juicio, una de las mejores recopilaciones de autor único publicadas en el último cuarto de siglo— y la aún inédita *Looking for Jake* del segundo.

Además de estos dos destacados escritores, el plantel de colaboraciones extranjeras se completa con una novela corta merecedora del premio Sturgeon en 2012 del reputado Paul McAuley, conocido en España por su serie de la

Confluencia, un nuevo cuento del ya imprescindible Ken Liu —nada menos que el relato ganador del último premio Hugo— y, para finalizar, un relato largo de Liu Cixin, probablemente el escritor de ciencia ficción más destacado de la República Popular China, cuya fama traspasa fronteras y que ha sido traducido directamente del mandarín estándar para preservar al máximo el texto original.

En cuanto a relatos escritos originalmente en español, contamos con obras notables de narradores de amplio currículo como Emilio Bueso, Eduardo Vaquerizo y Sofía Rhei, ganadora de la convocatoria abierta para formar parte de este volumen, nuevas voces como Ricardo Montesinos y autores procedentes de Iberoamérica como el chileno Jorge Baradit, todo un referente al otro lado del Atlántico. Como colofón, la obra ganadora del último premio UPC de la Universitat Politècnica de Catalunya, el galardón más prestigioso del género en España, concedido a la novela corta *La epopeya de los amantes* de Miguel Santander.

Ahora es tiempo de adentrarse, sin mayor dilación, en las páginas de este libro. Conocer de primera mano tramas que nos hablan acerca de ética periodística, integración de minorías étnicas dentro de la cultura global o la importancia de la continuidad con el pasado, plantean miradas distópicas e ideas altamente especulativas como la adaptación de la sociedad humana al cambio climático, el desarrollo de un nuevo lenguaje capaz de moldear el pensamiento, un universo poblado de surrealistas fuerzas sobrenaturales o enigmas procedentes del remoto pasado.

En suma, un nuevo volumen de la que es su antología de ciencia ficción contemporánea. Porque usted, amable lector, así lo ha querido. *Per aspera ad astra*.

MARIANO VILLARREAL

El jugador

Paolo Bacigalupi

Paolo Bacigalupi (Colorado Springs, Estados Unidos, 1972) es un escritor que se dio a conocer en el terreno de la ciencia ficción con un puñado de relatos publicados en las revistas *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* y *Asimov's Science Fiction Magazine*, cuentos que sorprendieron por su originalidad y argumento altamente especulativo y le valieron ser finalista en varias ocasiones de los premios Hugo y Nebula. Su primera novela, *La chica mecánica* (Plaza & Janés, 2011) causó sensación tanto a nivel de crítica como lectores, obteniendo los premios Hugo, Nebula, John W. Campbell Jr., Locus de Primera Novela, Compton Crook, Ignotus y muchas otras nominaciones más. Posteriormente llegarían *El cementerio de barcos* (Plaza & Janés, 2012, premio Michael L. Printz) y su excepcional recopilatorio *La bomba número seis y otros cuentos* (Fantasy, 2013, premio Locus de mejor Antología). Junto a China Miéville, está considerado como uno de los puntales de la ciencia ficción moderna.

Su narrativa se caracteriza por tratar, con notable trasfondo filosófico, algunos de los grandes problemas, preocupaciones y desafíos que afectan a nuestro presente y futuro próximos: la destrucción del medio ambiente, el cambio climático, el agotamiento de las materias primas, el creciente poder de las multinacionales agroalimentarias, los peligros de la globalización... grandes ideas planteadas con un estilo moderno, inteligente y capaz de interesar no solo al aficionado al género sino a cualquier lector preocupado por la vertiginosa transformación de nuestro mundo.

«El jugador» es uno de los escasos relatos del autor que aún permanecía inédito en lengua española. Una historia extraordinaria sobre dignidad en el terreno del periodismo y de lucha en favor de los derechos civiles, temas de notable actualidad en nuestros días, que se complementa con una reflexión acerca de la integración de las minorías étni-

cas dentro de una cultura globalizada. Fue publicado originalmente en la antología *Fast Forward 2*, editada por Lou Anders, y nominado a los premios Hugo, Nebula, Sturgeon y Locus del año 2009.

A mi padre le gustaba apostar. Creía en los milagros del karma y el azar. Veía números de la suerte en las matrículas de los coches y se gastaba el dinero en boletos de lotería y peleas de gallos. No era ningún gigante, ni mucho menos, pero en retrospectiva, cuando pienso en los combates de *muy thai* a los que me llevaba, a mí me lo parecía. Apostaba, ganaba, se reía y bebía *laolao* con los amigos, y todos se me antojaban enormes. Bajo la sofocante llovizna de Vientián, era un espectro con suerte que se paseaba por las calles irisadas en la oscuridad.

Para mi padre todo era un juego: la ruleta y el *blackjack*, las nuevas variedades de arroz y la llegada de los monzones. Cuando el aspirante al trono, Khamsing, anunció la creación del Reino de Nueva Laos, mi padre apostó a que el pueblo se rebelaría. Apostaba por las enseñanzas de mister Henry David Thoreau y por las circulares que cubrían los postes de las farolas. Apostaba por las manifestaciones de monjes de hábitos azafranados y por la humanidad que ocultaban los soldados tras sus bien engrasados AK-47 y sus cascos con visores de espejo.

A mi padre le gustaba apostar, pero a mi madre no. Mientras escribía cartas al editor que conducían a la policía secreta hasta nuestra puerta, ella trazaba planes para escapar. La antigua República Democrática de Laos se derrumbó, y el Reino de Nueva Laos eclosionó con tanques en las avenidas y *tuk-tuk* incendiados en las esquinas. Los obuses redujeron a escombros la resplandeciente *chedi* dorada de Pha That Luang, y a mí, entregado al cuidado de la bondadosa señorita Yamaguchi, me evacuaron a bordo de un helicóptero de la ONU.

Desde las puertas abiertas vimos columnas de humo que se elevaban sobre la ciudad, enroscándose como na-

gas. Cruzamos la franja marrón del Mekong, con el puente de la Amistad convertido en un cinturón engarzado de coches en llamas. Recuerdo un Mercedes que flotaba corriente abajo como un barquito de papel en Loi Kratong, ardiendo incluso a pesar del agua que lo rodeaba.

A continuación, el silencio del país de un millón de elefantes, un vacío que se tragaba la luz, las llamadas de Skype y los correos electrónicos. Las carreteras estaban bloqueadas; las telecomunicaciones, cortadas. Se había abierto un agujero negro allí donde antes se encontraba mi patria.

A veces, cuando me despiertan de madrugada los frenazos y los cláxones del tráfico de Los Ángeles, la caótica sinfonía que componen las decenas de países y culturas comprimidas en este crisol del continente americano, me acerco a la ventana para asomarme al bulevar que se extiende a mis pies, tachonado de luces rojas, donde pasear a solas por la noche equivale a jugarse el tipo y, sin embargo, nadie osa saltarse un semáforo. Contemplo a los estadounidenses, tan impetuosos y vociferantes, con sus distintos tonos de piel, y me acuerdo de mis padres: de él, que me quería demasiado como para permitirme vivir bajo aquella autodenominada monarquía, y de ella, que no quería verme morir de resultas de su rebeldía. Apoyo la frente en la ventana y derramo lágrimas que saben a pena y alivio.

Todas las semanas acudo al templo y ruego por ellos; enciendo varillas de incienso, me inclino tres veces ante Buda, Dharma y Sangha, y rezo para que la reencarnación les sea propicia, después de lo cual corro a zambullirme de nuevo en la luz, el ruido y el dinamismo de América.

* * *

Los rostros de mis colegas parpadean grises y pálidos a la luz de las tabletas y ordenadores. El tamborileo de los te-

clados inunda la redacción mientras impulsan los reportajes por la cadena de distribución de tareas hasta que, tras oprimir la última tecla y encomendarse al botón de «publicar», los lanzan a la red.

Ya inmersos en la vorágine, sus trabajos brillan como bengalas etiquetadas con localizadores geográficos, etiquetas de contenido y botones para las redes sociales. Iconos multicolores, los códigos de los distintos conglomerados mediáticos: gradaciones de azul y orejas de Mickey Mouse para Disney-Bertelsmann. Un par de oes arcoíris ribeteadas de rojo para Google's AOL News. Rayas grises y blancas para Fox News Corp. Verde para nosotros: Milestone Media, una combinación de NTT DoCoMo, el consorcio coreano de videojuegos Hyundai-Kubu y las ruinas todavía humeantes del New York Times Company. Hay otras estrellas, más pequeñas, pinceladas que destellan y rutilan, pero ninguna más importante que nosotros, los monarcas de este universo de luz y color.

Una nueva alerta, recién salida del agregador de WhisperTech, se expande por la pantalla y nos baña a todos con el resplandor carmesí propio de las píldoras informativas de Google News. Se nos han adelantado. El mensaje nos informa de que los nuevos auriculares de Frontal Lobe llegarán al mercado a tiempo para las Navidades: terabytes de capacidad de almacenamiento con adaptadores Pin-Line para las gafas Oakley de microrrespuesta. La tecnología, de próxima generación, permitirá administrar la información personal del usuario mediante el escaneado Pin-Line de sus iris. Los analistas predicen que todo, desde los teléfonos móviles a las cámaras digitales, se quedará obsoleto en cuanto las características de las Oakley desarrollen todo su potencial. El brillo de la alerta se intensifica antes de trasladarse al centro de la vorágine conforme los visitantes acuden en tropel a Google para echar un vistazo a las fotos robadas de las gafas con escáneres oculares.

Janice Mbutu, nuestra directora editorial, lo observa todo desde la puerta de su despacho, con el ceño fruncido. La rubicunda luminosidad de la vorágine domina la redacción, un recordatorio acuciante de que Google está ganándonos por la mano, robándonos el tráfico. Tras sus mamparas de cristal, Bob y Casey, los responsables de Burning Wire, nuestro propio agregador de noticias sobre tecnología orientada al consumidor, increpan a voz en grito a sus reporteros, exigiéndoles que pongan toda la carne en el asador. Las encarnadas mejillas de Bob amenazan con eclipsar el rojo de la vorágine.

Esta, en realidad, nació con el nombre de LiveTrack IV. Quien baje a la quinta planta y se asome a las hileras de servidores encontrará el logotipo de una mirilla de francotirador con las palabras BOLA DE CRISTAL — EL CONOCIMIENTO ES PODER estampadas en sus chips en caracteres de color naranja metalizado, señal de que si bien Bloomberg nos alquila las máquinas, la que nos proporciona los algoritmos propietarios para analizar los flujos de red no es otra que la sociedad Google-Nielsen, lo que significa que estamos pagando a la competencia para que esta nos cuente qué pasa con nuestros artículos.

LiveTrack IV se dedica a rastrear los datos de los usuarios de recursos informativos —páginas web, feeds, VOD, canales de audio, emisiones televisivas— con los programas de combinación de estadísticas en red de Google, ayudados a su vez por el *hardware* de Nielsen, integrado en todo tipo de cachivaches de acceso a la información de uso personalizado: desde televisores a tabletas, pasando por auriculares, reproductores portátiles o radios para el coche. Afirmar que la vorágine mide el pulso de los medios de comunicación es quedarse corto. Como calificar de «un poco de humedad» al monzón. La vorágine es el pulso, la presión arterial, el oxígeno en la sangre; es el cómputo de glóbulos rojos y blancos, de linfocitos T y el cromosoma ar-

tificial bacteriano, es las pruebas del SIDA y la hepatitis G... Es la realidad.

La versión más reciente de la vorágine muestra y compara en tiempo real el impacto de nuestros contenidos en relación con los cien principales aglutinadores de tráfico de usuarios. Mi último reportaje también está ahí, destellando justo al filo de la pantalla, una historia sobre la incompetencia del gobierno: las últimas muestras de ADN que se conservaban de la *Tegosa claudina*, una mariposa ya extinta, han quedado destruidas por culpa de la negligencia del personal del Complejo Federal para la Conservación Biológica de California. Después de que el ejemplar —junto con otras sesenta y dos subespecies— se viera sometido a unos protocolos de almacenaje inadecuados, solo quedaron de él unos frasquitos llenos de polvo. Las muestras, nunca mejor dicho, se las llevó el viento. Mi crónica de lo ocurrido comienza con unos empleados federales arrodillados en una cámara climatizada de dos mil millones de dólares, armados con una docena de aspiradoras del departamento forense del cuerpo de policía de Los Ángeles, esforzándose por capturar una mota de mariposa que quizá alguien sepa reconstruir en el futuro.

En la vorágine, mi historia no es más que una cabeza de alfiler entre los pulsantes soles y lunas de tráfico que representan las noticias de otros periodistas. No es rival para las novedades de los productos de Frontal Lobe, ni para las reseñas de Armored Total Combat, ni para el seguimiento en directo de los Juegos Bulímicos. Se diría que los únicos lectores de mi reportaje son los biólogos que entrevisté. No me sorprende. Cuando escribí sobre los sobornos y las concesiones de terrenos, los únicos que leyeron el reportaje fueron los registradores de la propiedad del condado. Cuando escribí sobre el amiguismo rampante en la selección de tecnologías para el reciclaje de agua de la ciudad, solo lo leyeron los ingenieros hidrólogos. A pesar de todo, aunque parezca que estas historias no le interesan a nadie,

me siento atraído por ellas, como si hostigando al tigre del gobierno estadounidense pudiera compensar de algún modo el no poder incordiar al cachorro del nuevo monarca divino Khamsing. Se trata de una causa perdida, una especie de cruzada quijotesca. Y de resultas de ello, mi sueldo es el más bajo de la oficina.

—¡Yujuuuu!

Todas las cabezas giran como accionadas por un resorte frente a sus respectivas terminales de ordenador, buscando el origen del ruido: Marty Mackley, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Podéis darme las gracias... —Se agacha y pulsa una tecla—. Ahora.

En la vorágine se materializa otro *post*, una pequeña esfera verde que se anuncia en el *Glamour Report*, en el blog de Scandal Monkey y en los *feeds* de la columna de Marty. Ante nuestros ojos, la publicación comienza a absorber *pings* de clientes de software a lo largo y ancho del globo, notificando a los millones de seguidores de su columna que Marty acaba de lanzar una nueva historia.

Abro mi tableta y leo las etiquetas:

Doble DP,
Paleto HipHop,
Noticias musicales,
Schadenfreude,
Menor de edad,
Pedofilia...

Según la historia de Mackley, el mafioso ruso rapero *cowboy* Doble DP —quien, en mi opinión, no le llega ni a la suela de los zapatos a Kulaap, la última sensación del pop asiático— está acusado de dejar embarazada a la hija de catorce años de su escultor facial. Los lectores están empezando a fijarse en la noticia y, con su atención, la esfera verde fosforito de Marty comienza a hacerse un hueco en la vorágine. La estrella de contenido late, se expande, y por fin, como si alguien la hubiera regado con gasolina, entra

en erupción. El escándalo de Doble DP llega a las redes sociales, empieza a recibir recomendaciones, capta más lectores, más enlaces, más clics... y más dólares en publicidad.

Marty contonea la pelvis en señal de victoria y reclama la atención de todo el mundo por señas.

—Eso no es todo, amigos. —Vuelve a tocar el teclado y publica otra historia: imágenes en directo del hogar de Doble, donde... parece que el hombre que popularizó a los paletos rusos estuviera saliendo por la puerta a toda pastilla. Ver la casa en tiempo real supone una verdadera sorpresa. La mayoría de los *paparazzi* independientes carecen de la paciencia necesaria para esperar sentados a que tal vez, quizá, alguna vez le dé por pasar algo interesante. Todo apunta a que Marty ha estacionado sus propios *papcams* en exclusiva frente al edificio, atentos a algo así.

Todos somos testigos de cómo Doble DP cierra la puerta con llave al salir. Marty dice:

—Pensé que DP se merecía la cortesía de que alguien le notificara que la noticia estaba a punto de salir a la luz.

—¿Se está dando a la fuga? —pregunta Mikela Plaa.

Marty se encoge de hombros.

—A ver.

Ni más ni menos, todo apunta a que Doble se dispone a ejecutar lo que los estadounidenses han popularizado como un «OJ». Monta en su Hummer de color rojo. Sale del aparcamiento.

Bajo el fulgor verde de su historia, en constante expansión, Marty sonríe. La noticia no deja de aumentar de tamaño, y él goza de una posición inmejorable para disfrutar del desarrollo de los acontecimientos. Las demás agencias de noticias y blogs le van a la zaga. La vorágine se inunda de *posts* de seguimiento que surgen de la nada y comienzan a ganar impulso por sus propios medios mientras las redacciones se esfuerzan por engancharse a nuestro tráfico.

—¿Tenemos un helicóptero? —pregunta Janice, que ha salido de su despacho de cristal para asistir al espectáculo.

Marty asiente con la cabeza.

—Está colocándose en posición. También le he comprado a la poli vista de ángel en exclusiva, así que todos los interesados en nuestras imágenes tendrán que pagar por la licencia.

—¿*El largo brazo de la ley* está al corriente de este cruce de contenidos?

—Sí. Incluso han puesto dinero de su propio bolsillo para pagar el helicóptero.

Marty se sienta de nuevo y empieza a aporrear el teclado, transformado en una ametralladora de introducción de datos. Un murmullo apagado se eleva del foso de los técnicos, donde Cindy C. está llamando a nuestros proveedores de telefonía para reservar líneas de emergencia con las que amortiguar el impacto de un previsible pico de tráfico. Sabes algo que los demás ignoramos, algo para lo que Marty ya la ha preparado. Está levantando barricadas de servidores espejo. Marty hace como si el público que lo rodea no existiera. Deja de teclear. Levanta la cabeza y clava la mirada en la vorágine, concentrado en su resplandeciente esfera de contenido, como el director de una orquesta sinfónica.

El racimo de historias en lid continúa creciendo mientras Gawker, Newsweek y Throb se organizan y contraatacan. Clic a clic, los lectores se empiezan a alejar de nosotros, curiosos por ver si la cobertura de la competencia contiene alguna aportación nueva. Marty sonrío, oprime la tecla de «publicar» y vuelca un nuevo balde de carnaza en el tanque infestado de tiburones del interés público: una entrevista con la adolescente en cuestión. El aspecto que ofrece en la pantalla es muy joven, tanto que resulta incluso chocante. Acuna un osito de peluche en los brazos.

—Os juro que el oso no lo planté yo —observa Marty—. Lo traje ella solita.

Las acusaciones de la muchacha, como el bucle de una sintonía preprogramada, sirven de banda sonora al intento